

BUENOS AIRES Y MONTEVIDEO

¡Qué gran ciudad Buenos Aires! A pesar de la crisis y hasta algunos dicen, medio en broma o medio en serio, que de los argentinos, esta ciudad tiene algo que te conduce al asombro y que cuando la dejas, siempre con pena, lo haces con la idea de volver. A mí de Buenos Aires me gusta todo, siempre que no te arriesgues a la periferia: su armonía disarmónica, donde cada barrio tiene su sello; sus espléndidos edificios que nos hablan de viejos tiempos de bonanza; evidente aire europeo, que la hace diferente a todas las capitales de los países de su entorno; sus restaurantes con sus omnipresentes y grandes filetes (bifes, recomendables sobre todo los anchos) tiernos y carnosos; el tango y, cómo no, sus guapas mujeres.

Dispuse de poco tiempo, pero el suficiente para recordar, para avivar mi memoria. Me recibió el día amenazando calor, que llegó al borde de los 30°. Suciedad evidente, impresión de cierto grado de abandono, propiciado todavía más por la gran cantidad de papeles que cubrían las calles, lógico en un día de huelga general. Tuvimos que caminar, no existía otra posibilidad. Salí del hotel y me dirigí a la cercana peatonal calle Florida, la cual salta a la vista que conoció tiempos mejores, hoy menos presentable por culpa de la basura, fruto, como ya he señalado, de la huelga. Llegué a las inevitables Galerías Pacífico, donde no sé cómo pero siempre acabo, para seguir después por la Avenida Libertad hasta encontrarme con el teatro Colón, construido en el año 1908 y recién restaurado. Impresiona la arquitectura de su edificio. Se cuenta entre las mayores y más fastuosas óperas del mundo.



La cultura en esta ciudad siempre tuvo su sitio, por encima de avatares. Continué mi periplo por la calle Quintana, paralela a Alvear, donde los tilos en flor impregnaban con su grato olor todo el ambiente, hasta que terminé encontrándome con la humilde iglesia del Pilar y el conocido cementerio de Recoletos, lugar en el que famosísimos escultores han trabajado y donde, entre otros, yacen las hermanas, ambas escritoras, Victoria y Silvina Ocampo y el también escritor Adolfo Bioy Casares, aquel en cuya casa un día sí y otro también comía su amigo Jorge Luis Borges. Quizás

reparando en que hasta el ascético Borges lo hacía, yo sucumbí igualmente a la tentación de echarme algo al colete, no solo para matar el hambre, había que ganar tiempo al tiempo. ¿Qué sitio mejor para hacerlo que el viejo, pero no exento de elegancia, café-terrace La Biela, situado a unos pocos pasos de donde me encontraba? Debo decir que bien, que no me arrepentí (yo en esta ciudad siempre he



comido como Dios manda). Un aliciente añadido: no falta quien asegura que si quieres contemplar hermosas mujeres tomando café, no encontrarás ningún lugar mejor que este. Antes de marcharme me acerqué hasta la mesa de mis amigos de siempre, los inolvidables Jorge Luis y Adolfo, quienes allí siguen detenidos en el tiempo, como si nada hubiera cambiado. Escuché a una señora decirme: “No crea, por aquí no tantos los

conocen”. No es ese mi caso y no lo digo por presumir: de tanto encontrarme con ellos y sus libros, hasta les cogí confianza, como resulta evidente por la imagen. Claro que ahora me pregunto, alguna sospecha tengo, si tanta familiaridad resultaría del completo agrado del primero, por más que trate de disimularlo.

A las cuatro de la tarde estaba ya en el puerto para tomar el *buquebus* que une la ciudad de Buenos Aires con Montevideo, atravesando el río más ancho del mundo, el Río de la Plata, que su descubridor bautizó como Mar Dulce. Después de 3 horas de viaje, monótono y tranquilo, me volví a encontrar con la capital de Uruguay después de varios años, tan acogedora como siempre, tan con sabor a pueblo como siempre. Todo un contraste frente a Buenos Aires, aquí no acaban contigo las distancias. Linda capital, dirían sus vecinos los argentinos, en un día de buenos sentimientos. Alguien me dijo que esta ciudad es su río, acompañándolo de un pensamiento inolvidable (tanto como la persona que me lo dijo): “No te conformes con el mar, que en los ríos también merece la pena buscar.” Nada más llegar, me invitaron a cenar en el que recordaba como más especial pero también decadente restaurante de la ciudad, el antiguo Águila, ahora llamado Rara Avis. Toda una sorpresa: por la calidad de su gastronomía, por la distinción en el trato, en un marco especial, junto a un gran teatro como es el Solís, símbolo de la cultura uruguaya. Comida acompañado de un insospechado vino uruguayo, *Preludio* de la Familia Deicas, del año 2006. Después, dos días de reuniones, con un intervalo para comer en el Palenque, localizado en el Mercado del puerto, con grandes y espléndidos amigos gallegos que residen aquí, por si fuera poca ya la presencia del relaciones públicas del local, Manuel Rodríguez Alfonso, que añora sus tierras de Arbo y que me regaló un hermoso libro sobre la historia del negocio que tan bien pregonaba. Me hablaron de su morriña y de esta tierra que tanto se les parece a la suya, que es la mía. Me trataron de forma exquisita y con ellos descubrí un nuevo vino, que en este terreno los uruguayos están haciendo exitosos progresos, de nombre *Monte vide eu* de la casa Bouza, con el que brindamos por la amistad y el deseo de volver a encontrarnos, todos, en nuestra tierra cualquier día. Me contaron que el país se preocupa por atraer cada vez más turismo, que se concentra en mayor medida en la



ciudad de Punta del Este, que cada vez más, casi me atrevería a decir que por desgracia, tanto nos recuerda a mis amigos y a mí a nuestra Marbella. Toda la *jet set* argentina veranea allí, la convierten en una colonia suya o casi, y eso es lo que es durante los meses de verano; después, una ciudad casi muerta. Cercano al restaurante descubrí un insospechado negocio dedicado a la fabricación de caretas. El carnaval uruguayo se celebra durante la época veraniega y dura casi toda la temporada, no en vano le dicen el más largo del mundo, con sus cuarenta días de duración.

Paseando por la ciudad me encontré con que allí sigue, en la plaza de La Independencia, ese lugar donde recalaba obligadamente todo el que llega hasta aquí, el Palacio Salvo, símbolo de la capital. En el centro de la plaza se halla el monumento ecuestre del héroe de los uruguayos, el general José Artigas. En uno de sus laterales se conserva la Puerta de la Ciudadela, abriéndose a una calle peatonal que va a desembocar en la plaza de La Constitución o Matriz, donde en medio de una zona ajardinada se nos ofrece, hermosa, una fuente y, en un lateral, la Catedral Metropolitana, cuyos orígenes se remontan a la época colonial. Paseando por esa calle, la Sarandí, vamos a descubrir

un sinfín de puestos callejeros. Te encontrarás que al frente de ellos figuran hombres y mujeres de los más variopintos aspectos ocupados en vender artesanía e incluso antigüedades y hasta libros, que algunos compré, pero, sobre todo, allí está la hermosa librería Más Puro Verso, antigua óptica Pablo Ferrando, asentada en un precioso edificio estilo Art Deco. De una de las esquinas de la plaza Matriz sale la calle Juan Carlos Gómez, donde se halla la ya varias veces visitada por mí librería de viejo Leonardo y Risso, donde un día ya lejano compré un libro de José M^a Alonso Trelles, conocido por el sobrenombre literario de “Viejo Pancho”, nacido en Ribadeo (Lugo) el 7 de mayo de 1857, autor de *Paja brava*, obra que lo convirtió en uno de los principales poetas uruguayos. Como en esta ciudad tengo amigos entrañables, recibí el obsequio de obras con la innecesaria intención de que no los olvide, entre ellos uno de Juana de Ibarborou, “La Galleguita”, en una de cuyas obras figuran estos versos:

*Patria de mi padre, luminosa y grande,
Qué profundamente te quiero también.
Me crié soñando con tu maravilla,
No quiero morirme sin verte una vez.
Cuando a ti yo llegue, has de conocerme
Por el gozo trémulo, por la palidez,
Por la emoción honda de risa y de llanto,
Por el canto puro que te llevaré.
Con el niño mío, que también te ama,
¡Oh! Galicia mía, hemos de traer,
A la tierra india que amparó a mi padre,
Algo de tu hechizo y tu placidez.*

Por esta zona vieja de la ciudad te avisan de que no te aventures de noche, porque parece ser que abundan los agudos ladronzuelos, aunque yo no haya hecho mucho caso de la recomendación, quizás porque si algo llevaba conmigo eran libros, que parecen no ser del interés de tales personajes.

Montevideo, donde me siento como en mi tierra, es mucho más. Pero el tiempo apremia y las obligaciones que nos llevaron hasta allí también. A pocas manzanas del centro, siguiendo por la avenida principal de la ciudad, la 18 de Julio, se encuentra uno de los edificios motivo de orgullo nacional, el Palacio Legislativo (sede del



Parlamento). Pero si tienes algún tiempo para perderte y callejear te encontrarás con otros espléndidos y variados edificios de muy diferentes estilos. Por supuesto, me hubiera gustado acercarme hasta la Casa de los Pájaros, donde dicen que vive Eduardo Galeano con Helena Villagra en el barrio Malvín. No me fue posible.

Quizás me hubiera acompañado la suerte de tantas otras veces y hubiera podido encontrarme con este escritor, del que tanto me atrae su forma de poner los puntos sobre las íes ("*Soy un escritor que quisiera contribuir al rescate de la memoria secuestrada de toda América, pero sobre todo de América Latina, tierra despreciada y entrañable*"),

paseando con su perro por las breves colinas que bajan al mar, ese mar que abraza la cintura de la ciudad, como dijo uno de sus poetas. Para los aficionados al deporte constituye un placer encontrarse con la amplia avenida, paralela a la costa, llamada La Rambla, donde también es posible disfrutar de algún aperitivo típico.

Agotado nuestro tiempo, regresamos por la misma vía a Buenos Aires, donde, antes de tomar nuestro vuelo de regreso, dispusimos a duras penas de tiempo para cumplir con las visitas que nos habíamos programado.



Comenzamos por la plaza de Mayo, bajo el sol de un día espléndido. Allí sigue, siempre sorprendiendo, inmune al tiempo y a las desgracias, tantas, el núcleo duro de la gran ciudad. Reavivada nuestra memoria, sólo eso y dentro de lo posible, la ocasión no daba para más, en coche nos acercamos al café Tortoni, el más famoso de Buenos Aires y que, por diversos motivos, no

había tenido todavía la oportunidad de visitar en ocasiones anteriores. Una vez que nos



fue posible entrar, pues había cola para hacerlo, fue como si, de repente, me sintiera retrotraído a viejos tiempos, como si una fuerza interior me arrastrara al encanto de la Belle Époque, y tuve la impresión, inevitable, de que casi todo lo que contemplaba se me aparecía bañado de una tonalidad sepia, sin estar seguro de que eso fuera algo real o imaginado. Ese emblemático lugar era el punto de encuentro de los intelectuales y de los artistas, tal y como nos recuerdan los numerosos cuadros y

dibujos que recubren sus paredes, entre los que sobresale el dedicado a Borges, merecedor de un lugar y de un encuadre digno de lo que representa quien escribió *Fervor de Buenos Aires*. Unas cuantas fotos a toda prisa, de nuevo al coche y, desde allí, directos a La Boca, ese barrio tan distinto a todos, tan lleno de fanáticos del fútbol y de nostalgias, esas que sólo pueden nacer de la bohemia y del nacimiento del tango, que por aquí nació el de verdad, aseguran. De ahí, a San Telmo. Tenía que ir, tenía que volver al café Dorrego, a la búsqueda de mi mesa de rústica madera, donde un día grabé nombres que ahora ya no estaban o no fui capaz de encontrar (alguien, una gran amiga, me dijo que se alegraba, que en las mesas no se escribe), y para comprobar que la foto de Borges y de Sabato seguían allí, como hace tantos años, igual que yo lo describo en mi libro *Cuentos propios y extraños* (“Cafetín de Buenos Aires”). Mejor no ponerse tristes. ¡Qué duro puede resultar remover en los recuerdos!

Ya sólo me faltaba encontrarme con lo último: la librería. Ellas son mi debilidad, no diría la única, aunque es bien cierto que ya tengo menos. No podía marcharme sin pasar



por la más famosa aquí, El Ateneo, un maravilloso espacio que antes fue teatro, propicio para perderse entre montones de libros (tantos, que hasta me encontré con uno mío), y donde tomé el último café de este viaje y me despedí de la persona que guió mis pasos durante estos ajetreados e inolvidables días: Alejandra. Los viajes, si sabes buscar, sobre todo mirar y preguntar, siempre serán un manantial de sorpresas que te quedarán para siempre. Alejandra resultó ser la nieta de Gabriel

Cassaccia (Asunción, Paraguay, 1907 – Buenos Aires, 1980), el fundador de la moderna narrativa paraguaya, escritor que alcanzó su consagración total cuando apareció su obra *La babosa* en 1952. Quedó en mandarme ese libro, y sé que lo hará.